

tud sobrenatural, comunicada por Dios. Cuestiones sin objeto, si el árbol no es más que un símbolo de la inmortalidad: habitar en el paraíso terrenal es no morir. Que Adán y Eva cumplan con la voluntad de Dios; entonces vivirían perpetuamente en el paraíso; y en medio del paraíso florecerá para ellos el árbol de la inmortalidad. Así entendía ya las cosas un escritor bizantino, San Máximo el Confesor.

## EL ARBOL DE LA CIENCIA DEL BIEN Y DEL MAL

Pero hay otro árbol, cuya presencia nos impresiona más todavía: el árbol de la ciencia del bien y del mal. Las inscripciones sumerias de Gudea nos hablan del árbol de la verdad; entre los griegos existían los árboles parlantes de Dodona y el laurel de Delos con sus rumores proféticos. Nada de esto puede asemejarse a ese segundo árbol del paraíso, cuya importancia es aterradora para el hombre y sus destinos: «De los frutos de este árbol, dijo Elohim, no comeréis.» Acerca de esos frutos, puesto que por los frutos se conoce el árbol, tenemos diversos testimonios. La mujer, que parece bien informada, después de haber recordado la prohibición de Yahvé, prosigue: «No le tocaréis, no sea que muráis.» La mujer no hace más que repetir la amenaza divina, aunque con una ligera modificación, puesto que Dios había dicho: «Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comeréis, porque el día en que comiereis, moriréis de muerte.» Algunos han creído que se trataba de un árbol venenoso, pero a juzgar por el contexto, esta interpretación es inadmisibles.

También la serpiente interpreta a su manera la prohibición. Sus palabras son de una perfidia refinada: «¿Morir? —dice a la mujer—. De ninguna manera. Elohim sabe que

el día que comiereis, se abrirán vuestros ojos, y seréis verdaderos Elohim, concededores del bien y del mal. Es la mentira con briznas de verdad.» «Moriréis», había dicho el Señor; «no moriréis», dice la serpiente. En cuanto al nombre del árbol, le interpreta a su manera: comido el fruto, los ojos se abren, y esto le traerá al hombre el conocimiento del bien y del mal; y se sigue la gran consecuencia: «Seréis como dioses.» ¿Pero, en qué consiste ese conocimiento del bien y del mal?

Hay quienes han pensado, que conocer el bien y el mal sería distinguir el bien del mal; es decir, que desde que gustaron el fruto de ese árbol observaron nuestros primeros padres que se despertaba su conciencia, que habían llegado a la edad de la discreción. Esta fué la opinión de algunos Padres de la Iglesia primitiva, de Clemente Alejandrino, por ejemplo, de Teófilo de Antioquía y de San Ireneo. Este último se expresa de esta manera: «Mientras que los seres que debían servirle estaban en todo su vigor, el señor, es decir, el hombre, era pequeño todavía. Era como un niño, que debía crecer para alcanzar su perfección... No tenía aún el uso perfecto de sus facultades, y por eso sucumbió tan fácilmente a los engaños del seductor.»

Los doctores de la Edad Media, por el contrario, escribieron largas exposiciones para demostrar las perfecciones y la ciencia extraordinaria del primer hombre, y siguiendo su doctrina, una Comisión del Concilio de Trento redactó un decreto acerca de los dones de sabiduría y de inteligencia, con que Adán estaba adornado; pero el proyecto no fué discutido siquiera, y esta misma reserva es la que inspira el pensamiento de los teólogos actuales. Los mismos relatos del *Génesis* nos dan la impresión de que el movimiento cultural nace después del pecado, y de que la técnica es casi un monopolio de los des-